

Del temblor del 85 a Katrina: el pasado siempre nos alcanza

Alfredo Acle Tomasini©

Las catástrofes son para cualquier sociedad, lo mismo que el agua y el jabón para aquellas mujeres que abusan del maquillaje. Así, de repente, aquello que no era visible, se vuelve claro y nítido, al punto de modificar nuestra apreciación de la personalidad que suponíamos conocer. Así también ocurre, cuando el viento, el agua, el fuego y los temblores deciden poner en entredicho la arrogancia del ser humano.

El temblor de 1985 expuso con crueldad el efecto de las taras que vamos arrastrando, tolerando y pensando, ingenuamente, que nunca tendrán consecuencias, hasta que nos llega el inevitable momento del pago. Tan sólo preguntémonos: ¿cuántos edificios se derrumbaron porque la extracción irracional de agua ha modificado las características del suelo del Distrito Federal?; ¿Cuántas construcciones, que por estar indebidamente sobrecargadas con máquinas de coser y rollos de tela se vinieron abajo?; ¿Cuántos murieron porque alguien decidió echar más arena que cemento o poner varillas de menos?; ¿Cuánto de todo esto fue resultado de la maldita corrupción que los mexicanos cargamos en la espalda?

La tragedia de Katrina desmaquilló a los Estados Unidos, obligándolo a enfrentar en casa, un escenario que su población estaba acostumbrada a ver a desde lejos y que asociaba al atraso de otros pueblos. Quizá por eso, si en algo han salido lastimados los estadounidenses, es en su autoestima, como lo expuso un comentarista de ese país: “La única diferencia entre el caos de Nuevo Orleans y un desastre en el Tercer Mundo, es que un dictador extranjero lo hubiera hecho mejor”.

Pero, más allá de caos, que como Katrina, rápidamente ha pasado de ser una tormenta para convertirse en huracán político, hay otros elementos sobre los que vale la pena meditar, porque nos ofrecen lecciones útiles para todos.

Parecería, paradójicamente, que los seres vivos entre más inteligentes son, menos cuidan su habitat. Esto, en contraste con los innumerables ejemplos que la naturaleza nos ofrece, de como los animales irracionales construyen con sumo cuidado los sitios en los habitan y en los que nunca ponen dentro, a diferencia del ser humano, nada que los pueda perjudicar.

Katrina revela con nitidez las consecuencias negativas de la expansión de la industria petrolera y de la propia Nuevo Orleans, lo que modificó sensiblemente la línea costera, eliminando las llamadas tierras húmedas que permitían el crecimiento de una vegetación que servía de barrera natural al oleaje y las tormentas.

En paralelo, la magnitud y la frecuencia de los huracanes, aunada a las largas sequías y lluvias torrenciales por encima de los promedios históricos y al mudo e inexorable derretimiento de las glaciales, no dejan lugar a dudas que, el calentamiento de la tierra presagia cambios profundos y complejos en las condiciones climatológicas del mundo, cuya gravedad todavía no logramos aquilatar del todo.

Pero Katrina no sólo ha desnudado un futuro tan incierto como cercano, sino también que la asignación de recursos obedece a intereses lejanos de las mayorías, aun cuando

éstas habiten el país más rico del planeta, porque más fuerte que sus necesidades insatisfechas, será la presión para que el gasto público beneficie a la grandes corporaciones y a los políticos que deciden cómo y en dónde se utiliza.

Apenas el 9 de Agosto, veinte días antes de Katrina, aterrizaba en California la nave Discovery, guiada por la comandante Collins, quien antes había dicho, y esto por tratarse de una mujer: “No siento nervios, ni presión, pero tendré en mis manos 2.000 millones de dólares”. En contraste brutal con esta cifra, el Cuerpo de Ingenieros del Ejército de Estados Unidos había pedido un año antes, diez millones de dólares para reparar los diques de Nuevo Orleans, pero sólo obtuvieron del Congreso cinco, aun cuando Bush había propuesto nada más tres. Más aún, y por si esto no implicaba de suyo un alto riesgo para los habitantes de la ciudad, éste decidió enviar a Iraq a la mitad de la guardia civil del Estado de Lousiana con todo y helicópteros.

Los pobres no existen en la economía de mercado; no cuentan con dólares para votar a través de sus compras. Sin embargo, si tienen un voto cuando de elecciones se trata. Por ello se les corteja haciéndoles promesas que, como Lula, se olvidan en beneficio de quienes tienen el poder del dinero, hasta que las catástrofes nos recuerdan que la miseria no es cosa del pasado. Éste, terco, siempre nos alcanza.